Los fantasmas también aman

 Vuelve a enamorarte II

Sheina Lee

Octubre 2023

*“Estar contigo o no estar contigo es la medida de mi tiempo”*

 *Jorge Luis Borges*

Vuelve a enamorarte

Hacía cinco años que Ken Sullivan había quedado viudo al perder a su amado marido Doménico, quien lo dejó solo con su hija Milenka de ahora dieciocho años de edad. El joven hombre, había sido arrastrado por una cruel y rápida enfermedad, dejando a su familia verdaderamente desbastada.

Y mientras Milenka, la hija adoptiva del matrimonio residía en Gaiole, el pueblo italiano donde había nacido su padre, Ken lo hacía en su Patria, Estados Unidos, ya que extrañaba demasiado a su tierra y a su gente. Por otro lado, tenía la certeza de que Milenka, estaba en las mejores manos al residir con los padres de su marido, y Ted, su bisabuelo paterno, que se había quedado a residir en el pueblo.

­—Aquí solo tengo recuerdos que me hacen sufrir demasiado —comentaba Ken a su familia, quienes lo habían acompañado al Aeropuerto Peretolade Florencia.( *Aeropuerto* Amerigo Vespucci) para despedirse. Pero volveré cada vez que pueda—prometió el hombre de treinta y tres años.

—Eso significa que vendrás cuando tengas vacaciones en el Colegio y en los momentos que no expongas tus trabajos—suspiró su hija aludiendo a la profesión de pintor retratista y profesor de arte que profesaba su padre. O sea, una vez al año.

—Puedan ir ustedes también, la familia de allá te extraña—explicó Ken a su hija. Y a ti también, abuelo—agregó refiriéndose al anciano que no hizo acuso del mensaje.

—Rómulo y yo estamos muy viejos para viajes tan largos—comentó Gina, su suegra, refiriéndose a su marido.

—Y yo no digo nada —gritó Ted, el abuelo paterno.

—Por otro lado, yo soy ahora la encargada de la bodega, y no puedo irme demasiado tiempo—añadió Milenka refiriéndose ahora al oficio familiar.

—Comprendo, pero tienes muchos empleados que pueden sustituirte unos días. Y como comenté, no me hace demasiado bien estar aquí y recordar en forma permanente como nos conocimos con tu padre en una calle de Florencia. ¡Todavía me parece verlo en cada esquina! —sollozó Ken angustiado.

—Está bien, pa, comprendo—acotó la joven con tristeza. Pero dime una cosa. ¿No has pensado en enamorarte otra vez? Sé que es lo que papá querría, verte con algún hombre que te ame tanto como él lo hizo.

—En realidad he tenido varias citas platónicas, pero no ha pasado de allí. No encuentro mi zapatito adecuado. A todos les encuentro defectos, sé que soy yo, pero…

—No te angusties, estoy seguro de que el amor finalmente llegará. Eres demasiado valioso para no compartir tu afecto con otra persona.

—Hablas igual que Doménico—susurró Ken.

—Lógico, fue mi padre. Y ahora vete, están llamando a los pasajeros de tu vuelo—exclamó la joven abrazándolo con fuerza.

— Créeme que lo he intentado, pero ha sido imposible. Cada vez que tengo una cita, el rostro y la calidez de Doménico se entrecruzan en mi camino. Y me pregunto: ¿Qué hago yo aquí?

—Estoy segura de que llegará el día en tu corazón ya no se cuestione, entonces sabrás que el amor otra vez toca a tu puerta. Y puedes estar seguro que mi padre aplaudirá desde el cielo—afirmó Milenka.

—Nos vemos pronto. Te amo tanto, ¡voy a extrañarte muchísimo! —exclamó un emocionado Ken abrazando a su hija

—También yo—acotó la joven. Cuídate.

—Por supuesto. Y tú también, no sigas las locuras del abuelo Ted—sonrió Ken recordando lo cómplice que siempre había sido Milenka con el anciano, quien nuevamente se hacía el distraído.

—Procuraré, sabes que el abuelo es mi talón de Aquiles—gritó Milenka haciéndole un guiño cómplice a Ted,al mismo tiempo que su padre besaba a cada uno de los presentes como si quisiera llevarse una parte de estos junto con él.

—No nos olvides, hijo—musitó Rómulo con tristeza.

—No podría, aunque quisiera. Y verán como muy pronto estamos juntos otra vez —susurró este enfáticamente.

—Más te vale —fingió rezongarlo Milenka.

—¡Hasta la vista! —gritó Ken emprendiendo su camino hacia el avión que parecía esperarlo en la pista de partida.

—Voy a extrañarte, pa.¡No sabes cuánto!—musitó la chica indicando a su familia que era hora de regresar a casa.